

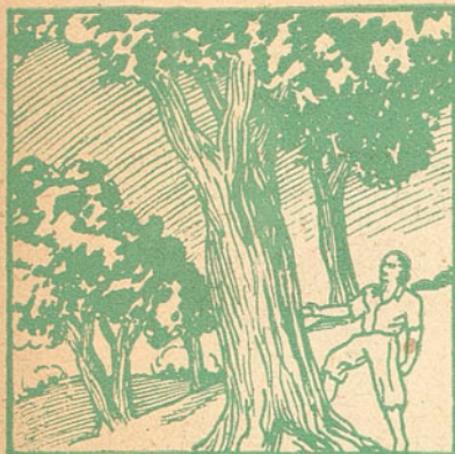
LOS ENANITOS CALVOS



Chavón
Revista infantil

Nº 28
Año 1





1.—La noche se venía encima. Robinson pensó que, si ese país desconocido estaba lleno de fieras, su muerte era segura. Se encaramó, pues, en un árbol.



2.—Cuando despertó, la tempestad había pasado. Robinson se sorprendió mucho al ver que el barco estaba próximo a tierra. Hasta allá lo había llevado la marea alta.



3.—Se desnudó y se lanzó al agua. Hizo varios viajes hasta el barco, trayéndose a tierra cuanto pudo, en una lancha que se fabricó.



4.—Once viajes alcanzó a hacer a la nave. Desembarcó provisiones, armas, un perro y dos gatos. Después se construyó una choza y vió, un día de tempestad, hundirse el barco para siempre.



Redacción y Administración: — Agustinas 1639. — Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 28

Galoparon Chascón y el gigante, como si fueran buenos amigos.

—Este caballo es bastante corredor — dijo el gigante — y me asombra de que no dé muestras de cansancio llevando encima un cuerpo como el mío.

—Así es—le dijo Chascón, riendo burlescamente — porque es el caso, mi buen gigante, que tú resultas el más pesado de los hombres.

Siguieron galopando, galopando sin cesar. Cruzaron dos o tres altas montañas, atravesaron un valle interminable y llegaron, por fin, frente a una posada. Había un letrero con el nombre: “Posada de la Calavera”.

—Divertido el nombre que se gasta esta

posada — dijo Chascón, con muy buen humor.

Golpearon. Salió a abrir el posadero, que era un hombre más gordo que un globo en los instantes en que comienza a elevarse.

—¿Qué hay? — dijo. — ¿En qué puedo servirle? Pasen ustedes, que en esta posada encontrarán excelente alojamiento.

Entraron Chascón y el gigante y, después de comer un poco, se fueron al dormitorio que les mostró el hombre gordo.

Chascón se quedó un momento pensativo, luego levantó la cabeza y le dijo al gigante:

—¿Oyes esos pasos en el cuarto de arriba? O mucho me engaño o esos pasos son los de Tarzán. Tanto lo he perseguido ya en mi vida, que los conozco entre un millón de pasos de toda clase.

El gigante tomó una vela y salió. Como era tan alto, pudo mirar por una ventana. En efecto, en el piso de arriba, metido en una pieza, estaba Tarzán, paseando de arriba abajo, como un tigre en su jaula.

Volvió el gigante donde Chascón y le dijo:

—No te has equivocado. El que anda arriba es Tarzán.

Chascón fué entonces a la pieza del posadero. El hombre gordo salió en camisa y preguntó qué ocurría. Entonces Chascón le pidió que, sin pérdida de tiempo, le entregara a Tarzán.

—Es mi enemigo — le dijo — y tengo que apresarle. Ha cometido muchas fechorías y conviene que de una vez por todas reciba el castigo que se merece.

Cuando Chascón llegó al cuarto de Tarzán, no lo encontró. Pero el gigante alcanzó a divisarlo mientras huía...

(Siga leyendo en las páginas centrales la continuación de esta hermosísima serie).

Los enanitos calvos

Estaba, en cierta ocasión, el príncipe Filomel recorriendo el País de las Hadas, cuando, de pronto, vió algo curioso. Acercábase a él un grupo de enanitos, que parecían estar muy tristes. Todos iban con la cabeza descubierta y estaban tan calvos como un huevo.

Uno de ellos vestía con mucho mayor lujo que sus compañeros, y Filomel se dirigió a él, preguntándole:

—¿Quiénes sois y qué os sucede?

—Perteneceemos al pueblo de los Pitusos — contestó el hombrecillo, mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. — Yo soy su rey y no está lejos mi palacio. Según podéis ver, nos ha sucedido una gran desdicha.

—Contádmela — dijo Filomel.

—Pues bien, esta mañana salimos a dar un paseo — empezó diciendo el diminuto rey — y encontramos a un brujo de aspecto muy raro. Nos invitó a entrar en su casita y nos ofreció unos caramelos de magníficos colores, que guardaba en un tarro de hojalata. Cada uno de nosotros los probó y en cuanto los hubimos tragado ¿qué creéis que sucedió?

—¿Qué? — preguntó Filomel lleno de curiosidad.

—Pues que nos quedamos sin un solo cabello — añadió sollozando el pequeño rey.

Y sus compañeros se echaron también a llorar, de manera que no tardó en formarse un charco en el suelo.

—¿Y por qué no exigíais al brujo que os devolviese

cuanto antes vuestros cabellos? — preguntó Filomel sorprendido.

— ¡Claro está que lo hicimos! — contestó el rey. — Pero él se limitó a contestar: “Pagadme cien coronas de oro y os enseñaré la manera de recobrar vuestro cabello.” Y lo malo del caso es que, en conjunto, no tengo más que cincuenta coronas, porque resulta muy caro ser rey en la actualidad; me gasté sumas considerables en mi palacio, que es muy bonito. Y así hemos tenido que alejarnos, resignados con nuestra calvicie.

Volvió a derramar lágrimas enormes y Filomel echó de menos los chanclos para la lluvia.

— No os apuréis — dijo. — Yo cuidaré de ayudaros. Inmediatamente iré a ver a ese tuño de brujo.

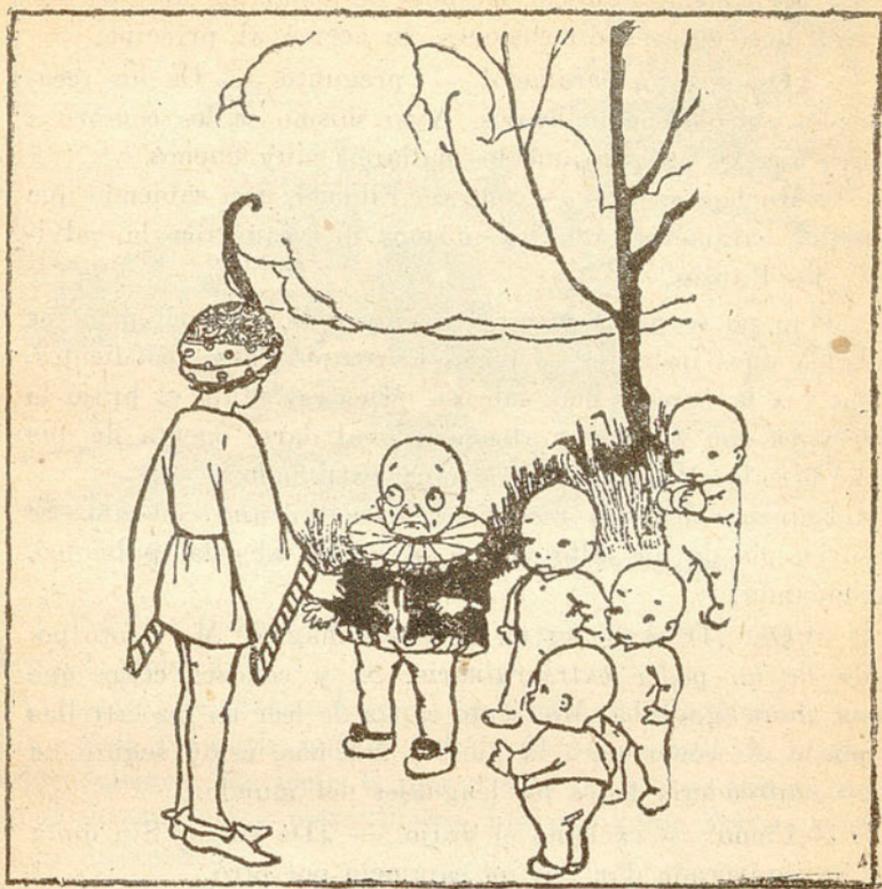
— ¡Oh, tened cuidado! — recomendó el rey de los Pitusos. — Si os atrevéis a eso, quizá regresaréis tartamudo, calvo, sordo o algo por el estilo. Ese brujo es muy malo.

Pero Filomel se rió. Sabía algo que los Pitusos ignoraban, es decir, que ningún encantamiento podía perjudicarlo en lo más mínimo, porque, en cierta ocasión, una bruja le frotó el cuerpo con una hoja de álamo, mientras en el cielo brillaba la luna nueva, cosa que había de librarlo de toda suerte de hechizos.

Se encaminó hacia donde vivía el brujo, según las indicaciones que le dieron los Pitusos, y no tardó en ver su casita. Pudo notar, asimismo, que alguien estaba observando desde la ventana, y en cuanto Filomel se halló a corta distancia salió el brujo a la puerta.

— Hermosa mañana, ¿verdad? — dijo a Filomel, sonriendo amablemente.

— En efecto — contestó el príncipe. — ¡Qué hermoso lugar para vivir en él! ¡Qué suerte tenéis de disponer de una vivienda en este bosque!



Somos los pitusos,--contestó el hombrecillo.

—Tenéis razón — le contestó el brujo. — ¿Por qué no entráis a descansar y de esta manera podréis conocerla por dentro? Tengo varias cosas en extremo curiosas, que os agrada-
rá ver.

—Gracias — contestó Filomel, siguiendo al sonriente brujo al interior de la casa.

—Sentaos — dijo el dueño de la vivienda. Y, dirigién-

do a un armario lo abrió. Después de tomar un tarro de hojalata, de regulares dimensiones, se acercó al príncipe.

—¿Queréis un caramelo? — preguntó. — Os los recomiendo, porque son deliciosos. Ayer mismo se los compré a una bruja. Os aseguro que los hallaréis muy buenos.

—Muchas gracias — contestó Filomel, aun sabiendo que aquellos caramelos eran los mismos que causaron la calvicie a los Pitusos.

Pero no se podía negar que eran deliciosos. El príncipe paladeó unos instantes, y luego lo rompió entre los dientes. Cada vez le parecía más sabroso. Mientras tanto el brujo lo observaba con la mayor atención, y al darse cuenta de que no se le caía el pelo, se quedó muy extrañado.

Entonces Filomel resolvió representar una comedia. Se puso en pie de un salto y, con la mayor alegría, palmoteó, exclamando:

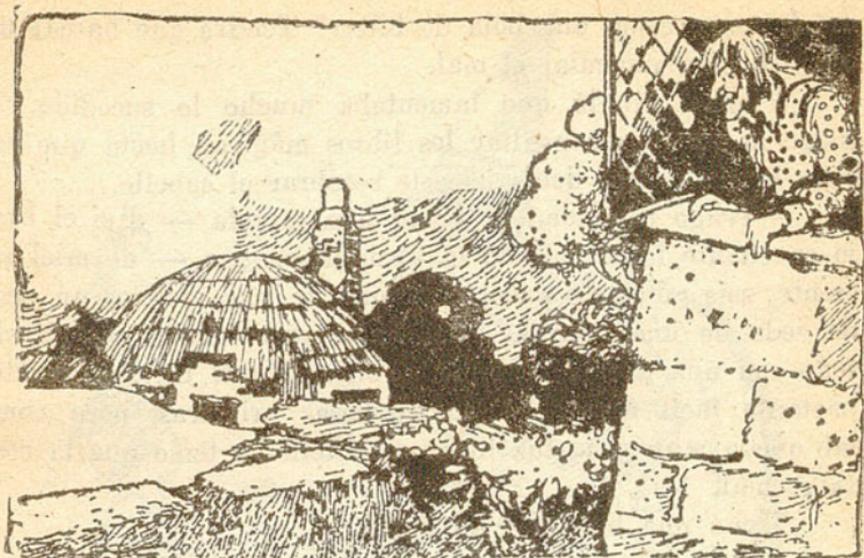
—¡Oh! ¡Debe de ser un caramelo mágico! Me siento poseído de un poder extraordinario. Sé y conozco cosas que hasta ahora ignoraba. Me siento capaz de leer en las estrellas y puedo oír cómo crece la hierba. Además, estoy seguro de que comprendería todos los lenguajes del mundo.

—¡Cómo! — exclamó el brujo. — ¿De veras? Sin duda me he equivocado dándoos un caramelo por otro.

—Haced el favor de darme más — exclamó Filomel, divirtiéndose en extremo.

Tomó cuatro o cinco caramelos de la lata y los rompió entre los dientes, haciendo mucho ruido. Luego se echó a bailar por la estancia.

—¡Soy el mago más poderoso del mundo! Estos caramelos me han revelado todos los secretos del País de las Hadas. Por momentos siento aumentar mi poderío. ¡Oh, haced el favor de darme más caramelos de esos!



El brujo miraba desde la ventana

Volvió a llevar la mano hacia el pote de hojalata, pero el brujo lo rechazó.

—¡No! — exclamó. — Los demás me los comeré yo. No puedo consentir que os hagáis dueño de toda la magia que contienen. No tenía la mejor idea de que se tratase de unos caramelos tan maravillosos. Los que había encima eran muy diferentes.

Con la mayor avidez se llenó la boca de caramelos y los rompió entre los dientes. Luego esperó a sentirse penetrado de poder mágico, pero no ocurrió nada de eso. En cambio, le sucedió otra cosa. ¿Qué se estaba cayendo al suelo? Pues, sencillamente, el cabello largo y fino del brujo.

—Con toda seguridad me he equivocado de caramelos. ¡Caramba! Me estoy quedando calvo, como les ocurrió a los Pitusos — exclamó. — ¡Qué cosa tan espantosa, porque esta tarde estoy invitado a merendar con unos amigos! ¿Cómo po-

dré ir calvo como una bola de billar? Tendré que buscar un conjuro para remediar el mal.

Filomel fingió que lamentaba mucho lo sucedido. Y luego le ayudó a consultar los libros mágicos, hasta que hallara la receta que debía hacerle recobrar el cabello.

—Tengo necesidad de hacer una mezcla — dijo el brujo en cuanto hubo hallado la fórmula mágica — de miel reciente, seis gotas de rocío, el aroma de una violeta, un poco de seda de una telaraña, luz lunar embotellada y agitarlo todo con una pluma de buho. ¡Pobre de mí! En fin, resulta bastante fácil reunir las cuatro cosas primeras, pero como me queda muy poca luz lunar embotellada, temo que la cosa salga mal.

Tomó una botella y la agitó.

—No hay más que la cantidad imprescindible — observó.

Luego hizo la mezcla, derramó la luz lunar y lo agitó todo con una pluma de buho.

—Ahora, si queréis ayudarme — dijo a Filomel — pronto habré recobrado el cabello. Es preciso que me arrodille dentro de un círculo dibujado con tiza, cierre los ojos y cuente hasta cincuenta. Entonces habréis de derramar la mezcla sobre mi cabeza y, hecho eso, el cabello volverá a cubrirmela como antes.

Filomel tomó la botella que contenía la fórmula mágica y esperó a que el brujo se hubiese arrodillado y con los ojos cerrados contara hasta cincuenta. Aprovechando esta ocasión salió de la casa y, a toda prisa, volvió al lado de los Pitusos.

—¡Aprisa! ¡Aprisa! — les dijo. — Arrodillaos, cerrad los ojos y contad hasta cincuenta. Voy a dibujar un círculo de tiza, alrededor de vosotros y luego os echaré este líquido mágico sobre las cabezas.



El brujo dió un caramelo a Filmel.

Los Pitusos obedecieron y empezaron a contar y, al llegar a cincuenta, Filmel derramó un poco de la mezcla sobre cada una de aquellas cabecitas calvas; en el acto surgió de todas ellas un cabello espeso, rizado y muy bonito. ¡Qué contentos quedaron los Pitusos y cómo rodearon a Filmel, rogándole que fuese a vivir con ellos, en el palacio de su rey!

De pronto oyeron una especie de mugido, como de toro

enfurecido y el brujo se dirigió a ellos con los ojos despidiendo fuego.

—¡Me habéis robado mi medicina mágica! — exclamó.— En vano esperé a que la echaseis sobre mi cabeza. Y, en cambio, la habéis empleado en esos idiotas. ¡Sois un ladrón, un bandido!

Filomel se echó a reír.

—Tú eres el ladrón y el bandido — replicó. — Sin ningún derecho ni motivo, dejaste calvos a estos pobres Pitusos y yo les he devuelto su cabello. Ahora toma tu preciosa botella. Está vacía.

El brujo la tomó y se alejó, muy enojado. Consiguió hacer caer dos gotas de ella y se frotó con el líquido la calva cabeza, pero solamente le salieron cuatro pelos, que le dieron todavía un aspecto más raro.

Pero claro está que el brujo no quedó contento con lo ocurrido.

—Me vengaré en forma terrible — pensaba. ¡Ah, me vengaré cruelmente. Y pensando en semejante cosa recorría a grandes trancos su pieza.

—¿Qué te sucede? — le preguntó un amigo que fué a visitarlo poco después.

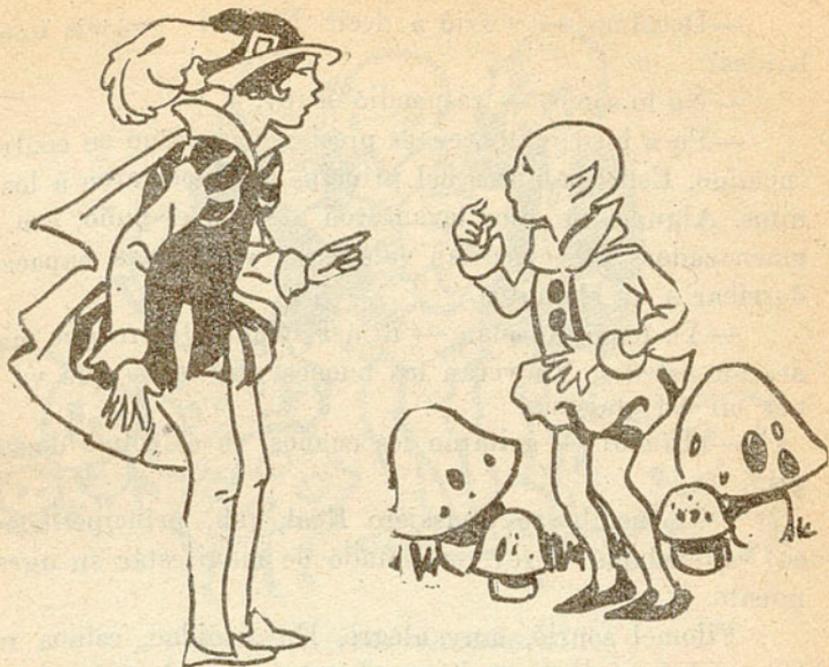
—Que me he quedado calvo y que debo vengarme — contestó el brujo, lanzando unos aullidos feroces.

El amigo, al verlo así, sintió un terror loco, y se marchó con la mayor rapidez posible.

Mientras tanto, los Pitusos habían vuelto al palacio del rey y celebraban con una gran fiesta la hermosura de sus cabelleras nuevas, recién brotadas.

Filomel tomó la palabra en mitad del banquete. Se levantó muy solemnemente y dijo:

—Creo, mis buenos amigos, que no es posible que ustedes permitan vivir tan cerca al brujo maligno.



Filomel se divertía con los enanos

—Así es — suspiró el rey. Muchas veces he pensado en eso. Pero resulta que el brujo es un hombre de grandes poderes ocultos. Si algo hacemos en su contra, se vengará espantosamente.

—Sí, sí, señor príncipe, se vengará de nosotros—dijeron todos los enanitos, poniendo los ojos en blanco.

Entonces Filomel exclamó:

—¿Sois, acaso, unos cobardes? ¿Cómo es posible que así os dejéis dominar por el terror?

El rey y sus enanitos, al escuchar tales palabras, se avergonzaron. Ellos no eran cobardes; por cierto que no lo eran, Pero, ¿qué podían hacer, tan pequeñitos y débiles?

—Decídme — volvió a decir Filomel — ¿sois unos cobardes?

—No lo somos — respondió el rey.

—Pues bien: entonces, es preciso hacer algo en contra del enemigo. Estas palabras del príncipe entusiasmaron a los enanitos. Algunos de ellos levantaron al cielo el puño, con gesto amenazador. Ya se sentían valerosos y fuertes, capaces de derribar a un elefante.

—Yo tengo un plan — dijo Filomel. Quiero que me obedezcan ustedes. Ya verán los buenos resultados que va a tener mi estratagema.

—¡Bravo! — gritaron los enanos, en el colmo de la alegría.

—Te nombraré Consejero Real, ¡oh, príncipe bondadoso! — exclamó el rey, encantado de manifestar su agradecimiento.

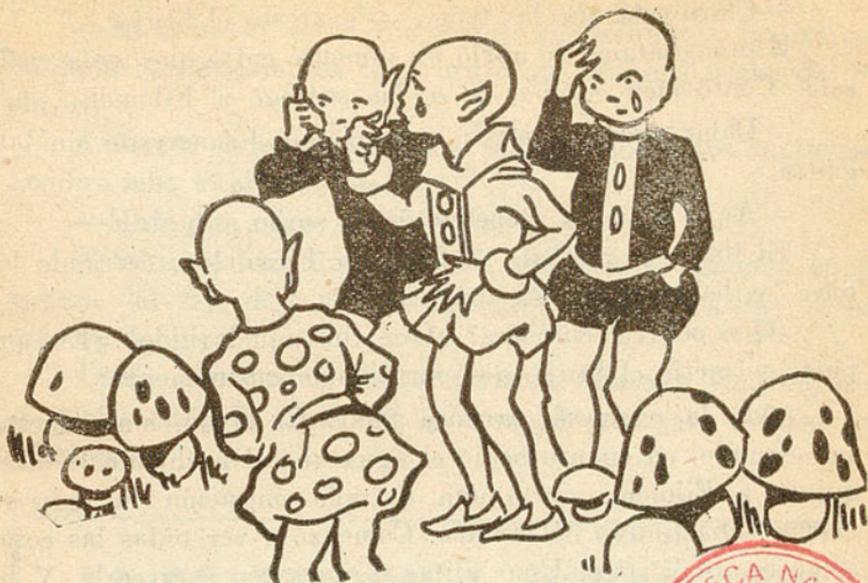
Filomel sonrió, muy alegre. En realidad, estaba resuelto a marcharse pronto de aquel país; pero, de todas maneras, le agradaba ver tan agradecidos a los enanitos.

Después de la comida, Filomel reunió a los enanos y les dijo:

—Voy a disfrazarme de vendedor de drogas. Diré que vengo del país de la Brujería y ya verán ustedes lo demás dentro de poco.

Aplaudieron los enanos y le trajeron a Filomel unas ropas de vendedor de drogas: un bonete verde, una blusa azul y un canasto amarillo repleto de frascos de todos colores. En uno de esos frascos, Filomel vertió un agua que traía en el bolsillo del chaleco. Esa agüita se la había obsequiado un hechicero de su país. Tenía una propiedad extraordinaria: el que la bebía convertíase en mosca.

Salió Filomel con su canasto y se dirigió a casa del brujo. Cuando estuvo cerca comenzó a gritar:



Contad hasta cincuenta...

—Traigo la maravilla de las maravillas: el elixir que da una espléndida cabellera y una salud portentosa. El que bebe mi elixir vive siete mil años y se convierte en un hombre tan vigoroso que es capaz de derribar todo un bosque con un solo estornudo.

Oyó el brujo estos gritos y salió a su ventana.

—¿Qué vendes, buen hombre? — preguntó.

—Vendo el elixir de la larga vida y de las frondosas cabelleras.

—Pasa, amigo, pasa sin pérdida de tiempo. Te daré lo que me pidas por tu elixir.

Entró Filomel en la casa del brujo y comenzó a sacar sus frasquitos.

—No te cobraré nada más que cien coronas — le dijo Filomel. ¿Las tienes?



—Claro está que las tengo — contestó el brujo.

E inmediatamente abrió un inmenso cofre que tenía en la sala. Contó cien coronas y se las entregó a Filomel.

—Dame ahora tu elixir — exclamó. Lo necesito sin tardanza.

—Aquí lo tienes. Bébetelo de un sorbo.

El brujo le arrebató el frasco a Filomel y, cerrando los ojos, se bebió el agüita mágica.

¿Qué ocurrió entonces? ¿Qué fué aquel ruido? ¿En qué parte se metió el brujo, desaparecido repentinamente?

¡Ah, la respuesta es muy fácil! El brujo, sin demorar un segundo, en cuanto bebió el agua que el hechicero le obsequiara a Filomel, sintió una extraña sensación en todo su cuerpo. Disminuyó de tamaño. Comenzó a ver todas las cosas como en un vértigo. Unas alitas empezaron a crecerle. Y he aquí que, en un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en mosquita, en negra mosquita zumbadora, que volaba de una muralla a otra muralla, y de allí a la ventana, y en seguida a la puerta, para volver después a la muralla.

—¡Já, já, já! — rió Filomel.

Y se dirigió al palacio del rey de los enanos. Estos le aguardaban ansiosos.

—¿Qué hay? — preguntaron.

—Ya el brujo no existe — les contestó Filomel. Lo he convertido en mosca; pero, antes de esto, le he obligado a darme cien coronas, que se las traigo de regalo.

Los enanitos se entusiasmaron indeciblemente con esto.

—¡Viva Filomel! ¡Viva nuestro salvador! — gritaron con sus voces de flauta.

Y esa noche celebraron en el palacio una fiesta con música y baile. Estaban en mitad de la fiesta, cuando una mosca entró en la sala y se paró en la cabeza del rey.

—Es el brujo — de dijo uno de sus ministros. No me cabe duda que esta mosca es el brujo que Filomel acaba de hechizar.

Entonces el rey le hizo una seña a uno de sus capitanes, hombre muy rápido de manos.

—Mata esta mosca — le ordenó al capitán.

Este no se hizo de rogar. De una sonora palmada en la cabeza del rey, dejó a la mosca moviendo las patitas en un estertor agónico.

Desde entonces los enanos vivieron felices y Filomel, que regresó a su país, tiene esta sabrosa historia para alegrar las sobremesas.

LA COLECCION de "CHASCON"

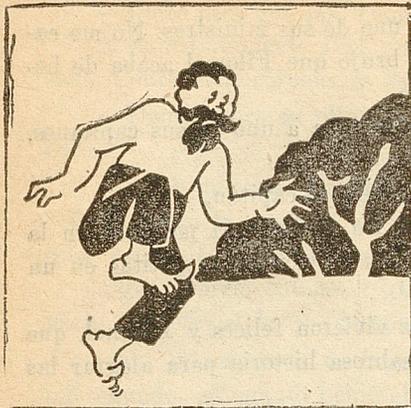
es una espléndida Biblioteca Infantil

Todos los cuentos que publica "CHASCON" son cuidadosamente seleccionados entre lo mejor de la literatura infantil universal. De aquí que, conservando cada número, es posible reunir los cuentos y las historias más famosos, más celebrados entre todos los niños del mundo.

Puede Ud. pedir todos los números atrasados de "CHASCON" en librerías, puestos de periódicos o en la

EDITORIAL ERCILLA

Agustinas 1639 — Stgo. de Chile — Casilla 2787



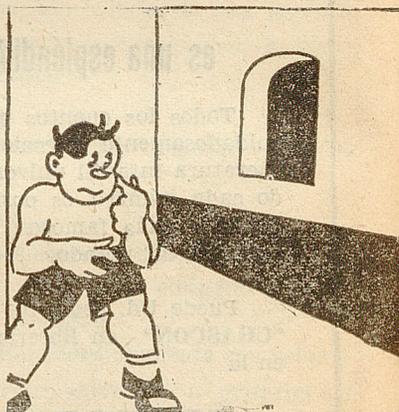
1.—El gigante, entonces, salió corriendo tras de Tarzán. No tardó en darle alcance. Tarzán, que era forzado, se detuvo para pelear con él.



2.—Entonces el gigante le dijo que no pelearan y le aseguró que haría creer a Chascón en su amistad, para matarlo después tranquilamente.



3.—Tarzán se ocultó tras un árbol y el gigante volvió a la posada. Chascón hablaba todavía con el gordo posadero.



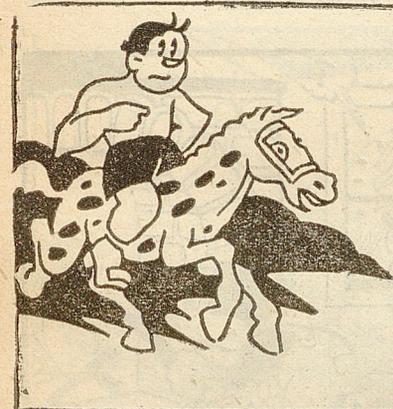
4.—Chascón, el posadero y el gigante subieron al cuarto de Tarzán. Como no lo encontraron, Chascón pensó en que el gigante lo había traicionado.



5.—Así se lo dijo al gigante. Pero éste juró que era inocente. Entonces Chascón tomó al gigante de las barbas y lo sacudió con fuerza.



6.—Los gritos que daba el gigante asustaron a Tarzán, que se apoderó de uno de los caballos y salió escapando.



7.—Chascón, al oír el ruido de los cascos del caballo fugitivo, acudió a ver lo que ocurría. Sin demora, subió en el otro caballo.



8.—El posadero, mientras tanto, lloraba a lágrima viva, muy asustado. El gigante, furioso, se puso a beber en grandes copas.

¿Alcanzará Chascón a Tarzán?

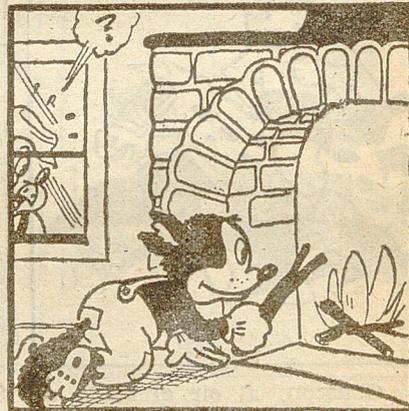
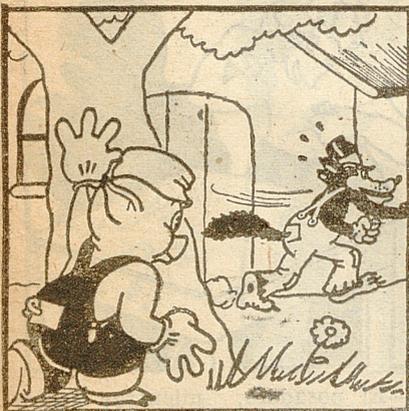
(M. R.)

Los Tres



1.—El lobo tiene en su poder a dos de los chanchitos para comérselos, pero el lobito le dice que la olla se ha quebrado.

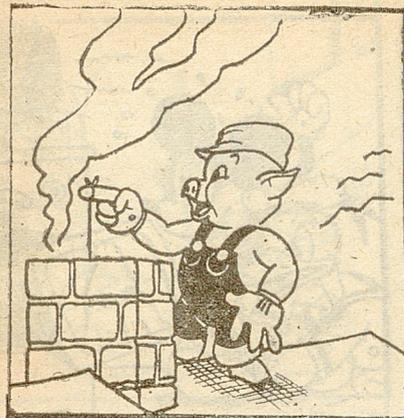
2.— Tendré que ir a buscar otra olla —dice el lobo— mientras tú preparas el fuego.



3.— El otro chanchito estaba detrás de un árbol esperando la ocasión de salvar a sus hermanos y cuando vió...

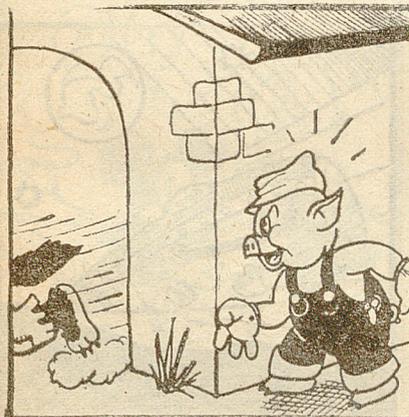
4.—...salir al lobo, se asomó por la ventana y vió que el lobito prendía el fuego para preparar el festín.

Chanchitos



5.—Sin perder ni un segundo subió al techo con una cáscara de sandía agujereada y una vela dentro.

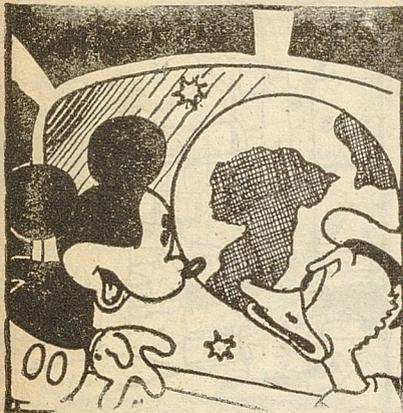
6.— El lobito que también temía a los fantasmas lanzó un alarido y sólo pensó en huir rápido...



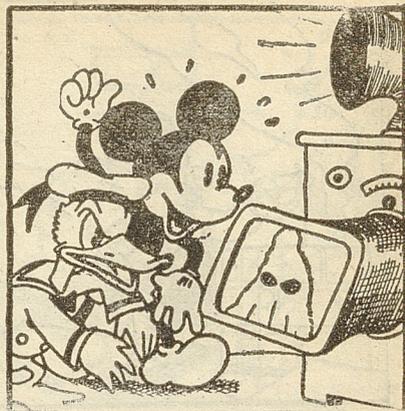
7.— Salió disparado dejando la puerta abierta, lo que aprovechó el chanchito para entrar a libertar a los otros.

8.— Y juntos los tres se fueron felices a su casa pensando en la cara de asombro que pondría el lobo.

EL RATON



1.— Mira, Donald, ya estamos encima de Marte y no hemos recibido ordenes; vamos a chocar.

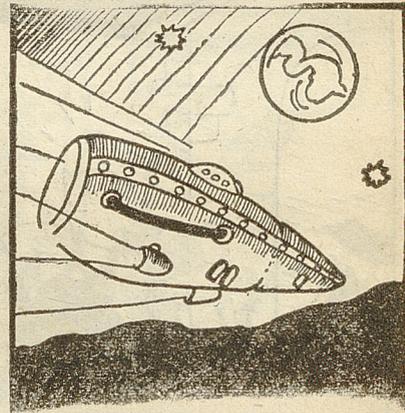


2.— Por fin una comunicación por televisión.

—Muevan la palanca ocho y aterrizarán suavemente.



3.— ¡Ya estamos libres! Donald, moviendo ésta llegamos al fin, sanos y salvos.

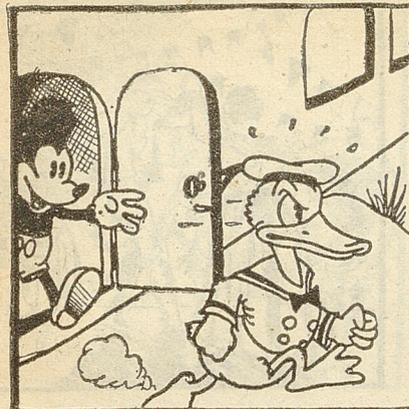


4.— El aparato llega a Marte y nuestros amigos verán lo que todos quisieran ver.

MICKEY

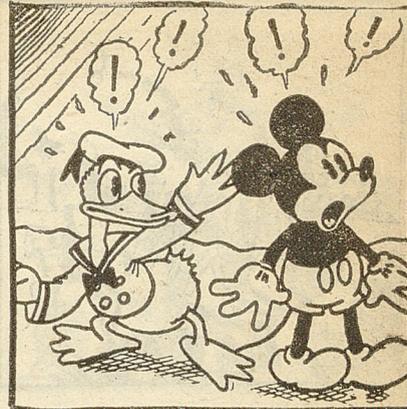
(M. R.)

Ya están en otro mundo



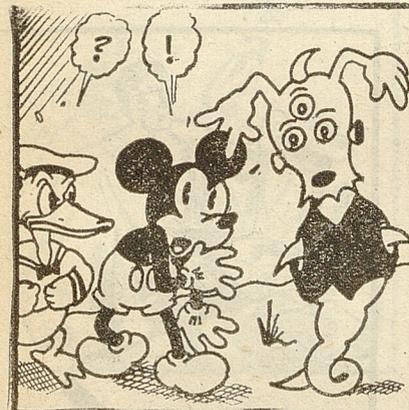
5.— ¡Esto es igual a nuestro planeta! Y para esto nos hemos muerto de miedo.

—No hables todavía, caímos en un paraje desierto.

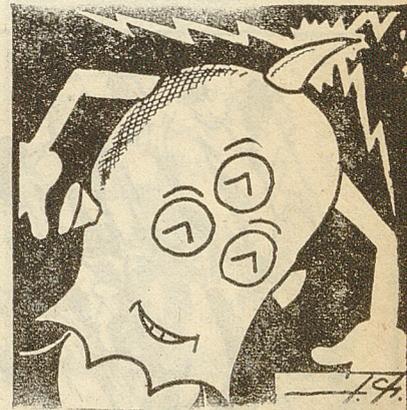


6.— ¡Mira Mickey! Ese tío se ha escapado de la imaginación de un loco.

—Es un marciano, un ser humano de este mundo.



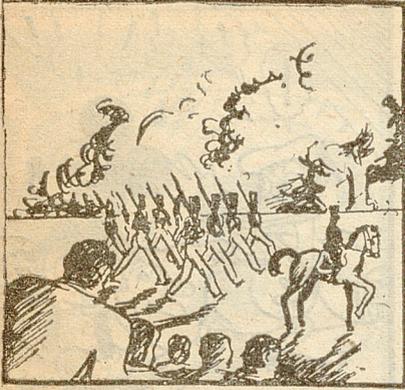
7.— No nos hace nada, menos mal que aquí parecen ser más civilizados que en la tierra, pero no habla.



8.— Aquí no hablamos como Uds. bichos raros, nosotros nos comunicamos directamente por el pensamiento.

Próxima semana: ¡En una ciudad de Marte!

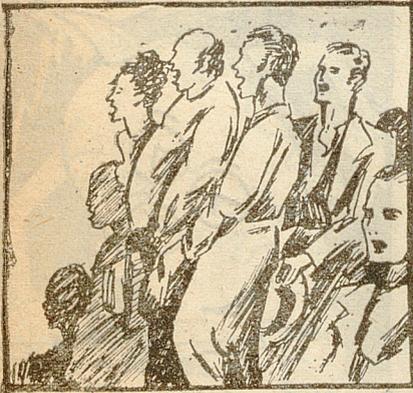
Episodios de la Historia de Chile



1.— Desde un comienzo, las fiestas del 18 de septiembre fueron muy alegres. Los soldados desfilaban, ante la admiración de los civiles.



2.— La cueca, en tales días, animaba todas las reuniones populares. Hombres y mujeres rivalizaban en bailar la cueca, en medio de general regocijo.

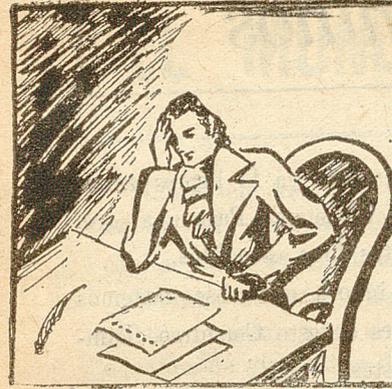


3.— En estas fiestas del 18, se cantaba a menudo la antigua Canción Nacional, compuesta por don Bernardo Vera.

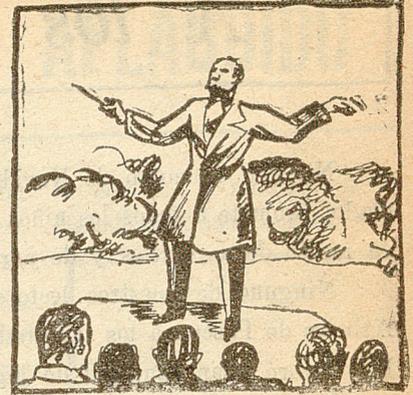


4.— Como esta Canción tenía versos ofensivos para España, el Ministro español pidió al Gobierno de Chile que la cambiara.

LA CANCIÓN NACIONAL



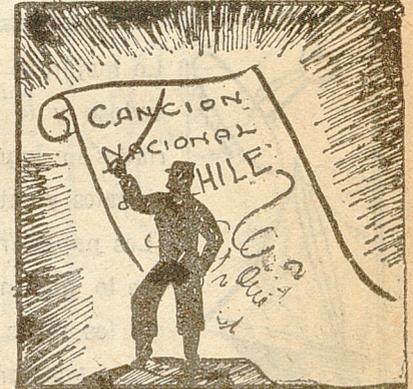
5.— Don Eusebio Lillo, que entonces tenía más o menos 20 años, escribió la actual Canción chilena.



6.— La música era de don Ramón Carnicer. La Canción fue cantada por vez primera en las fiestas del 18 de 1847.



7.— Pero el público pidió a gritos, después de esto, que se cantara la antigua canción.



8.— Sin embargo, la Canción Nacional compuesta por don Eusebio Lillo triunfó con el tiempo y ahora la cantan todos los buenos patriotas.

A los niños

Nuestro Concurso de Navidad, como ya lo hemos anunciado, promete a todos los niños de Chile una Pascua alegre, en medio de amiguitos y de juguetes bien escogidos.

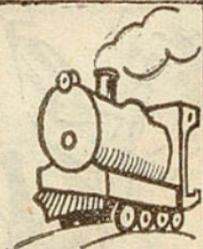
Ninguno de nuestros lectores ignora que obsequiaremos Arboles de Pascua a los triunfadores en este Concurso. También habrá gran cantidad de juguetes.

Póngase, pues, a pintar los cuadros numerados que publicamos en la última página. Si usted los pinta con cuidado y buen gusto, seguramente alguno de los premios mejores será suyo.



Lo mejor, lo más novedoso y lo más variado en juguetes nacionales y extranjeros.

Los papás encontrarán lo que necesitan, y los niños lo que desean.



CASA JACOB

AHUMADA 23.— Santiago
Plaza Anibal Pinto.—Valparaíso

EL MONO APLAUDIDO

Había una vez una tribu de monos. A menudo se reunían en grandes fiestas. Bailaban, reían, bebían una copita, hasta el amanecer.

En una de estas fiestas, cierto monito joven quiso dárseles de gracioso y de repente hizo una voltereta que se la hubiera envidiado el mejor de los payasos.

Los monos, felices, comenzaron a aplaudir.

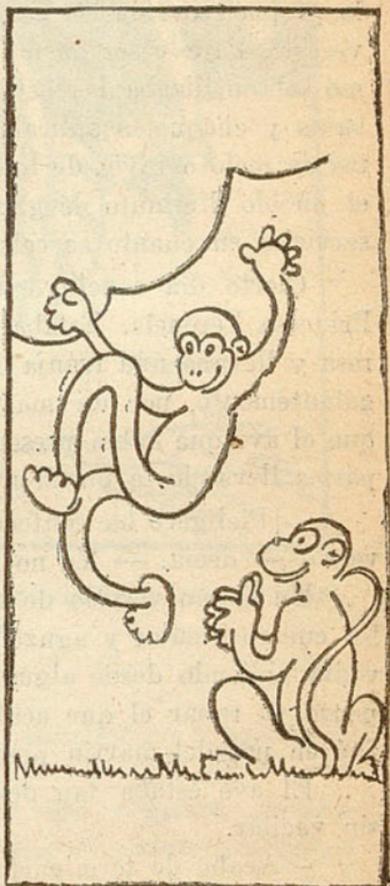
—Eres el mejor acróbata del mundo — le dijeron.

Eres la maravilla de las maravillas — le declararon.

El monito, muy orgulloso, se creyó un portento y dijo: —¡Atención, que voy a repetir la pirueta!

La repitió, en efecto, pero con tal mala suerte que casi se rompió el cráneo, al caer estrepitosamente al suelo.

Así suele suceder a muchos que, cuando reciben un aplauso, aunque sea interesado, se creen más de lo que son y de repente reciben un justo castigo de su petulancia.



El vestido de Peronela

Pieligero era una modista tan hábil en su oficio, que la propia reina de las hadas le encargó, en cierta ocasión, un vestido. Para coser gastaba el hilo tejido por las arañas, como tela utilizaba los pétalos de las rosas y como ribetes de batas y chaquetas aplicaba a estas prendas centelleantes gotas de rocío o rayos de luna. Así, no es de extrañar que todo el pueblo diminuto de gnomos, silfos y hadas, solicitara sus servicios en cuanto se celebraba alguna fiesta.

Cierto día concluyó un vestido divino, destinado a la Princesa Peronela. Estaba hecho de dos amarillos pétalos de rosa y llevaba una franja de plumas verdes y azules, cedidas, galantemente, por un martín pescador. Tan precioso estaba, que el ave que había presenciado su confección voló por todas partes llevando la buena nueva.

—¡Pieligero ha confeccionado el traje más bello del universo! — decía. — Yo no he visto jamás otro tan bonito.

Un enano vestido de rojo le oyó proclamar la noticia a los cuatro vientos y aguzó el oído. Precisamente su mujer le venía pidiendo desde algún tiempo atrás un vestido nuevo, y pensó en robar el que acababa de hacer Pieligero. Entonces fué en pos del martín pescador y le dirigió unas preguntas.

El ave estaba tan descosida de parlotear, que respondió, sin vacilar.

—Acaba de terminarlo y piensa llevárselo a la princesa Peronela esta misma noche. Dice que desea efectuar una última prueba, para el caso de que haya algo que enmendar,



Pieligero exhaló un grito de espanto y se lanzó colina abajo...

¡Es delicioso!

—¿Qué camino tomará para ir a palacio? — preguntó el taimado enano.

—¡Oh! Bajaré por el paseo del cuco y pasará por delante del gran castaño silvestre — dijo el martín pescador; y reanudó el vuelo.

El enano estaba ya en posesión de todos los datos. Aquella noche se ocultó bajo una cornisa del paseo del cuco, y allí

aguardó a que pasara Pieligero. No tardó mucho en llegar, tarareando una canción. Llevaba consigo el bolso de la labor y en ella había metido el vestido nuevo, la cinta métrica, la caja de los alfileres, aguja y dedal.

El enano surgió, de repente, y cayó, aullando, sobre ella. Pieligero lanzó un grito de espanto y se lanzó camino abajo, cual si en su seguimiento fueran todos los enanos y brujas del globo. ¡Cómo jadeaba! ¡Qué resoplidos lanzaba! La bolsa de la labor le pesaba un quintal; sin embargo, no se atrevía a soltarla por temor de que se la robara el enano.

Así llegó en su carrera frente al castaño, árbol gigantesco, de hojas como abanicos, que se alzaba al extremo del camino.

—¿Qué te sucede, Pieligero? ¿Por qué corres de ese modo? — dijo el árbol al verla. — ¡Ven, ocúltate en mi seno si tienes miedo! Al pie de mi tronco está la madriguera de un ratón. ¿Ves el agujero?

Pieligero bajó la cabeza y vió una naricilla peluda que asomaba fuera del árbol,

“Ese debe ser el ratón”, pensó.

Se colocó en el nido. Acababa de agazaparse en él, cuando oyó pasar, corriendo, al enano rojo.

El no se dió cuenta de que la modista se había ocultado en el árbol.

Cuando pasó el peligro, Pieligero salió, otra vez, al camino. Le estaba agradecidísima al castaño.

—¿Qué puedo hacer en tu obsequio? — le preguntó.

—Nada, nada — repuso el árbol. Y sus hojas susurraron: “¡tú no puedes impedirlo!”

El ratoncillo dijo al oído de Pieligero:

—Si quieres, puedes prestarle un gran servicio. El castaño da una excelente semilla que encierra en unas cápsulas verdes, muy duras, pero, antes de que estén en sazón, vienen los



Volvió junto al castaño y pasó la noche clavando alfileres en sus cápsulas verdes.

Enanos y se las llevan con cápsulas y todo. El árbol lamenta este despojo que le impide arrojársela a los niños. ¿Sabrías tú impedirlo?

— ¡Ya lo creo! — repuso la pequeña modista sacando la caja de los alfileres del bolso de la labor. — ¿Ves estos alfileres? Pues voy a clavarlos en las cápsulas con las puntas hacia afuera, de modo que aquel que trate de arrancarlas se pinche. ¡Tú verás qué pronto se les pasa a los enanos la afición a las castañas!

Y, en efecto: después de llevar y probar el vestido a la princesa, que lo encontró delicioso, Pieligero volvió junto al castaño y se pasó la noche clavando alfileres en sus frutos.

— ¡Cómo pinchaban, señores! Cuando llegaron los enanos, andando de puntillas, y pretendieron despojar al árbol,

¡allí fué Troya! Se hirieron de un modo tan terrible, que aullaron de dolor y de sorpresa.

—¡Os está bien empleado! — dijo, con deleite, el árbol. — ¡Os está bien empleado!

Y desde entonces las semillas del castaño se han encerrado en cápsulas erizadas de pinchos para impedir que se las roben los enanos. ¿Habéis reparado en esto, amiguitos? Es una buena idea, ¿verdad?

Libros que harán las delicias de los niños:

BENJAMIN FRANKLIN, por J. Baeza \$ 1.20

DE VALPARAISO A LA ISLA VERDE, por

Tancredo Vallery \$ 2.00

Pídalos en librerías, puestos de periódicos o en la

Editorial Ercilla

Agustinas 1639 — Stgo. de Chile — Casilla 2787

Gran Concurso de la Casa Iluminada

La Compañía Chilena de Electricidad Limitada,
llama a concurso a todos los lectores de
"Chascón" para estudiar la forma co-
rrecta de iluminar una casa

(Vea en el número anterior el comienzo de las bases de este concurso)

4.º Después de haber llenado las cartulinas, o sea, después de haber iluminado la casa, se presentará el trabajo a la misma Oficina, junto con los otros 3 cupones que continuaron publicándose; en dicha Oficina se dejará anotado el nombre y dirección del concursante para los efectos del premio.

5.º El plazo para la entrega de los trabajos termina el 5 de Diciembre de 1936.

6.º Podrán tomar parte en este concurso los niños de Santiago, Valparaíso, Quilpué, Limache, Quillota, San Felipe, Los Andes, San Bernardo, San Antonio y Valdivia. El pedido de cartulinas y la entrega de los trabajos deberá hacerse dentro de cada localidad, en las Oficinas de la Compañía de Electricidad.

7.º El 24 de Diciembre se hará la entrega de los premios a los niños que hayan presentado los mejores trabajos. La lista de los premios la daremos oportunamente; sin embargo, podemos asegurar que todos los niños que tomen parte en este concurso recibirán un obsequio.

Concurso de la Compañía Chilena de Electricidad Limitada

Cupón N.º 1

Nombre.....
Dirección.....

Concurso

de Navidad

(CUADRO

N.º 3)



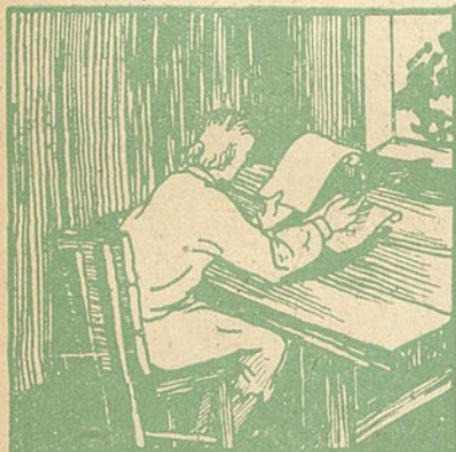
Pintelo y envíelo a esta revista, con su nombre y dirección.



5.—La casa que después se hizo, pacientemente, fué una verdadera fortaleza. Para entrar, había que hacerlo por una escalera de mano.



6.—Protegido así de las fieras que allí pudiera haber, Robinson se dedicó a cazar para procurarse alimento.



7.—Con la tinta y la pluma que encontró en el barco, también se dedicó a escribir, en sus horas de ocio, su diario de viaje.



8.—Con cariño y paciencia, comenzó a domesticar a una llama, animalito que no intentó escaparse. Esto lo hizo pensar en criar animales y domesticarlos.

Siga leyendo esta hermosa serial en nuestro próximo número.

Todo el mundo se preocupa de su cuerpo...

cuida de no perder el cabello o los dientes...
aún de no perder la línea! Pero son muy pocos los que se preocupan de no perder los ojos!
LA VISTA PERDIDA NO PUEDE RECUPERARSE!



EL 85 % DE LAS ENFERMEDADES DE LA VISTA PROVIENEN DE DEFECTOS DE ILUMINACION. USE USTED LUZ DIFUSA EN CANTIDAD ADECUADA A SUS NECESIDADES, Y EVITARA MOLESTIAS, GASTOS, Y EL PELIGRO DE PERDER PREMATURAMENTE SU VISTA.

Compañía Chilena de Electricidad Ltda.